

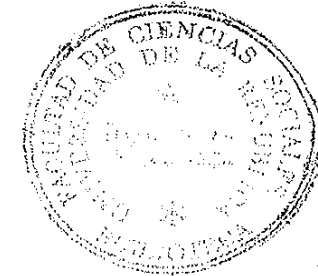
**10** Cuestion Social en la historia  
Obligatorio

41 copias

**Robert Castel**


# Las metamorfosis de la cuestión social

Una crónica del salariado



331.21 CASm  
[Las] metamorfosis de la ...  
Castel, Robert



 **Paidós**

Buenos Aires-Barcelona-México

**Material disponible en los Servicios del CECSO**

Por trabajos: [pedidosercecso@gmail.com](mailto:pedidosercecso@gmail.com)

[www.serviciosdelcecso.blogspot.com](http://www.serviciosdelcecso.blogspot.com) / [sercecso@fcs.edu.uy](mailto:sercecso@fcs.edu.uy)

Cantina & Cafetería: 2410 6720 (220) Fotocopiadora: 2410 6720 (208 / 218)

## PAIDÓS ESTADO Y SOCIEDAD

Últimos títulos publicados

118. A. Negri, *Guías. Cinco lecciones en torno a Imperio*
119. V. Fisas, *Procesos de paz y negociación*
120. B. R. Barber, *El imperio del miedo*
121. M. Walzer, *Reflexiones sobre la guerra*
122. S. P. Huntington, *¿Quiénes somos?*
123. J. Rifkin, *El sueño europeo*
124. U. Beck, *Poder y contrapoder en la era global*
125. C. Bébéar y P. Manière, *Acabarán con el capitalismo*
126. Z. Bauman, *Vidas desperdiciadas*
127. Z. Brzezinski, *El dilema de EE.UU.*
128. N. Chomsky, *Sobre democracia y educación, vol. 1*
129. N. Chomsky, *Sobre democracia y educación, vol. 2*
130. H. Joas, *Guerra y modernidad*
131. R. Dahrendorf, *En busca de un nuevo orden*
132. U. Beck, *La mirada cosmopolita o la guerra es la paz*
133. H. Schmidt, *Las grandes potencias del futuro*
134. T. Pogge, *La pobreza en el mundo y los derechos humanos*
135. A. Touraine, *Un nuevo paradigma*
137. M. Yunus, *El banquero de los pobres*
138. U. Beck y E. Grande, *La Europa cosmopolita*
139. P. Arrojo, *El reto ético de la nueva cultura del agua*
140. J. Gray, *Contra el progreso y otras ilusiones*
141. P. Van Parijs y Y. Vanderborght, *La renta básica*
142. A. Negri, *Movimientos en el imperio*
144. V. Shiva, *Manifiesto para una democracia de la tierra*
145. M. Nussbaum, *Las fronteras de la justicia*
146. Z. Bauman, *Miedo líquido*
147. A. Negri, *Goodbye Mr. Socialism*
148. N. Chomsky y G. Achcar, *Estados peligrosos*
149. A. Touraine, *El mundo de las mujeres*
151. N. Klein, *La doctrina del shock*
152. J. Attali, *Breve historia del futuro*
153. A. Giddens, *Europa en la era global*
154. R. Dworkin, *La democracia posible*
155. U. Beck, *La sociedad del riesgo mundial*

## Robert Castel

# Las metamorfosis de la cuestión social

### Una crónica del salariado

Las metamorfosis de la cuestión social  
Castel, Robert  
FCS-038838



038838  
38



Paidós

Buenos Aires-Barcelona-México

## PRÓLOGO

Me ha parecido que en estos tiempos de incertidumbre, en los que el pasado se oculta y el futuro es indeterminado, teníamos que movilizar nuestra memoria para tratar de comprender el presente. Sin duda, los grandes frescos, lo mismos que los grandes sistemas, ya no están de moda. Pero, ¿es posible evitar un largo rodeo si uno quiere captar la especificidad de lo que sucede *hic et nunc*? Por ejemplo, la situación actual está marcada por una conmoción que recientemente ha afectado a la condición salarial: el desempleo masivo y la precarización de las situaciones de trabajo, la inadecuación de los sistemas clásicos de protección para cubrir estos estados, la multiplicación de los individuos que ocupan en la sociedad una posición de supernumerarios, "inempleables", desempleados o empleados de manera precaria, intermitente. Para muchos, el futuro tiene el sello de lo aleatorio.

Pero, ¿qué es una situación aleatoria, y a partir de qué criterios se la aprecia? Olvidamos que el salariado, que ocupa hoy en día a la gran mayoría de los activos y con el que se relaciona la mayoría de las protecciones contra los riesgos sociales, fue durante mucho tiempo una de las situaciones más inseguras, y también más indignas y miserables. Se era un asalariado cuando uno no era nada y no tenía nada para intercambiar, salvo la fuerza de su brazo. Se caía en el salariado como degradación del propio estado: las víctimas eran el artesano arruinado, el campesino feudal al que su tierra ya no le daba de comer, el "compañero" que había dejado de ser aprendiz y no podía convertirse en maestro... Estar o caer en el salariado era instalarse en la dependencia, quedar condenado a vivir "al día", encontrarse en las manos de la necesidad. Herencia arcaica que hizo de las primeras formas de salariado manifestaciones apenas suavizadas del modelo del servicio que los siervos le debían al señor feudal. Pero, sin embargo, el fenómeno no es tan lejano. ¿Se recuerda, por ejemplo, que el principal partido de gobierno de la Tercera República, el Partido Radical, todavía en el Congreso de Marsella de 1922 inscribió en su programa "la abolición del salariado, que es una supervivencia de la esclavitud"?<sup>1</sup>

1. Cl. Nicolet, *Le radicalisme*, París, PUF, 1974, pág. 54.

No es fácil comprender de qué modo llegó el salariado a remontar estas desventajas fantásticas para convertirse, en la década de 1960, en la matriz básica de la "sociedad salarial" moderna. Pero intentar explicarlo no es sólo una preocupación de historiador. La caracterización sociohistórica del lugar ocupado por el salariado es necesaria para calibrar la amenaza de fractura que acosa a las sociedades contemporáneas y llevar al primer plano los temas de la precariedad, la vulnerabilidad, la exclusión, la segregación, el relegamiento, la desafiliación... Si bien es cierto que estas cuestiones se han visto reimpulsadas desde hace una veintena de años, ellas se plantean después y con relación a un contexto de protecciones anteriores, después de que se hubieran impuesto lentamente poderosos sistemas de cobertura garantizados por el Estado social a partir, justamente, de la consolidación de la condición salarial. La nueva vulnerabilidad, definida y vivida sobre un fondo de protecciones, es entonces totalmente distinta de la incertidumbre respecto del futuro, incertidumbre que, a través de los siglos, fue la condición común de lo que entonces se denominaba "el pueblo". De manera que no tiene mucho sentido hablar hoy en día de "crisis" si no se mide con exactitud esta diferencia. ¿Qué es lo que distingue —es decir, qué suponen a la vez de diferente y común— las antiguas situaciones de vulnerabilidad de masas y la precariedad actual, generada por procesos de pérdida de contacto con núcleos aún vigorosos de estabilidad protegida?

Éste es el tipo de inteligibilidad que querría producir. Si la historia ocupa un lugar tan grande en esta obra, se trata de *la historia del presente*: el esfuerzo por recobrar el surgimiento de lo más contemporáneo mediante la reconstrucción del sistema de las transformaciones que la situación actual hereda. Volverse hacia el pasado con un interrogante que es hoy en día el nuestro, y escribir el relato del advenimiento y las principales peripecias de lo actual. Esto es lo que intentaré, porque el presente no es sólo lo contemporáneo. Es también un efecto de herencia, y la memoria de esta herencia nos es necesaria para comprender y obrar hoy en día.

Pero, ¿de qué problemas actuales se trata para restituir la memoria? El análisis de una cierta relación con el trabajo fue ocupando en este libro un lugar cada vez más importante. Sin embargo, no ha sido el punto de partida de esta reflexión. Al principio, teníamos (y seguimos teniendo) la intención de explicar la incertidumbre de los estatutos, de la fragilidad del vínculo social, de los itinerarios cuya trayectoria se ve estremecida. Las ideas que trato de elaborar (la desconversión social, el individualismo negativo, la vulnerabilidad de masas, la *handicapología*, la invalidación social, la desafiliación...) adquieren sentido en el marco de una problemática de la integración o de la anomia; de hecho, se trata de una reflexión sobre las condiciones de la cohesión social a partir del análisis de situaciones de disociación. De modo que el objetivo era (y sigue siendo) cali-

brar este nuevo dato contemporáneo: la presencia, se diría que cada vez más insistente, de individuos ubicados como en situación de flotación en la estructura social, que pueblan sus intersticios sin encontrar allí un lugar asignado. Siluetas inseguras, en los márgenes del trabajo y en los límites de las formas de intercambio socialmente consagradas: personas en desempleo prolongado, habitantes de los arrabales desheredados, beneficiarios del salario mínimo de inserción, víctimas de las reconversiones industriales, jóvenes en busca de empleo que se pasean de pasantía en pasantía, ocupados en pequeñas tareas provisionales... ¿Quiénes son, de dónde vienen, cómo han llegado a esto, en qué se convertirán?

La sociología del trabajo no se plantea estas preguntas, y no pretendo introducirlas en esa disciplina. No obstante, en el intento de superar la mera descripción empírica de estas situaciones, he encontrado que el análisis de una relación con el trabajo (o con la ausencia del trabajo, o con el trabajo aleatorio) representaba un factor determinante para reubicarlas en la dinámica social que las constituye. ~~No encare aquí el trabajo en tanto que relación técnica de producción, sino como un soporte privilegiado de inscripción en la estructura social.~~ Existe, en efecto —se lo verificará en el largo término—, una fuerte correlación entre el lugar que se ocupa en la división social del trabajo y la participación en las redes de sociabilidad y en los sistemas de protección que "cubren" a un individuo ante los riesgos de la existencia. De allí la posibilidad de construir lo que yo llamaría metafóricamente "zonas" de cohesión social. Entonces, la asociación "trabajo estable/inserción relacional sólida" caracteriza una zona de integración. A la inversa, la ausencia de participación en alguna actividad productiva y el aislamiento relacional conjugan sus efectos negativos para producir la exclusión, o más bien, como trataré de demostrarlo, la desafiliación. La vulnerabilidad social es una zona intermedia, inestable, que conjuga la precariedad del trabajo y la fragilidad de los soportes de proximidad.

Desde luego, estas asociaciones no actúan de una manera mecánica. Por ejemplo, en numerosos grupos populares la precariedad de las condiciones de trabajo es a menudo compensada por la densidad de las redes de protección cercana generadas por la vecindad. Sobre todo, estas configuraciones no están dadas de una vez para siempre. Si se produce por ejemplo una crisis económica, con ascenso del desempleo y generalización del subempleo, la zona de vulnerabilidad se dilata, gana terreno sobre la integración y alimenta la desafiliación. La composición de los equilibrios entre estas "zonas" puede entonces servir como indicador privilegiado para evaluar la cohesión de un conjunto social en un momento dado. Por lo menos, ésta es la hipótesis que intentaré fundamentar. Evidentemente, en el punto de partida se trata de un esquema formal. Sólo los análisis que la hipótesis hace posibles confirmarán su validez. No obs-

tante, haremos dos observaciones previas, para evitar contrasentidos sobre el alcance de tal construcción.

En primer lugar, este esquema de lectura no coincide exactamente con la estratificación social. Pueden existir grupos fuertemente integrados aunque cuenten con pocos recursos. Es el caso de los artesanos en una estructura de tipo corporativo, que por lo general, a pesar de los ingresos mediocres, asegura la estabilidad del empleo y protecciones sólidas contra los principales riesgos sociales. Más aún: existe una indigencia integrada, como la de las poblaciones asistidas, en la cual la ausencia de recursos suscita el socorro en forma de "protección cercana" (capítulo 1). La dimensión económica no es por lo tanto el rasgo distintivo esencial, y la cuestión planteada no es la pobreza, aunque los riesgos de desestabilización pesen más sobre quienes carecen de reservas económicas. Por lo tanto, si bien los más ricos no son los afectados en primer lugar, tampoco lo son necesariamente los "más pobres" o los "más carecientes" en tanto que tales. Lo que habrá que subrayar son más bien las relaciones que existen entre la precariedad económica y la inestabilidad social.<sup>2</sup>

En segundo lugar, el modelo propuesto no es estático. Se trata menos de ubicar a los individuos en estas "zonas" que de aclarar los procesos que los llevan de una zona a otra: por ejemplo, a pasar de la integración a la vulnerabilidad, o caer desde la vulnerabilidad en la inexistencia social.<sup>3</sup> ¿Cómo se alimentan estos espacios sociales, cómo se mantienen y, sobre todo, cómo se deshacen los estatutos? Por esta razón, en lugar del tema hoy en día abundantemente orquestado de la exclusión, yo preferiría el de la *desafiliación*, para designar el desenlace de este proceso. No es ésta una coquetería de vocabulario. La exclusión es inmóvil. Designa un estado o, más bien, estados de privación. Pero la simple constatación de las carencias no permite captar los procesos que las generan. Para emplear con rigor una noción de ese tipo, congruente con un modelo de sociedad dual, es necesario que se aplique a situaciones caracterizadas por una lo-

2. Si las posiciones sociales elevadas pueden revelarse como endebles y amenazadas, el modelo propuesto resulta aplicable a los diferentes niveles de la estratificación social. He tratado de ponerlo a prueba en una situación límite en la cima de la pirámide de la grandeza social: "Le roman de la désaffiliation, à propos de *Tristan et Iseut*", *Le débat*, n° 61, setiembre de 1990). En cambio, aquí describiré, por ejemplo, los mecanismos desestabilizadores que en el límite llevaban a la muerte social a "los pobres de la tierra", los vagabundos de las sociedades preindustriales, los subproletarios de los inicios de la industrialización, y que afectan ahora a los "beneficiarios" del ingreso mínimo de inserción.

3. Sin negar que existan circulaciones de flujo en sentido inverso, es decir de movilidad ascendente. Pero, por las razones que acabo de exponer, yo me atenderé sobre todo a las poblaciones amenazadas por la invalidación social.

calización geográfica precisa, por la coherencia al menos relativa de una cultura o de una subcultura y (esto es más frecuente) por una base étnica. Los guetos norteamericanos llenan esas condiciones, y a propósito de ellos se puede hablar de una "*under-class*", aunque el concepto sea discutido. En Francia no hemos llegado a ese punto —por lo menos todavía—. Incluso el fenómeno "*beur*",\* a pesar de la referencia a la etnicidad, no coincide con una cultura específica. *A fortiori*, no hay ninguna cultura común a los diferentes grupos de "excluidos".

Hablar de desafiliación, en cambio, no es confirmar una ruptura, sino retrazar un recorrido. El concepto pertenece al mismo campo semántico que la disociación, la descalificación o la invalidación social. Desafiliado, disociado, invalidado, descalificado, ¿con relación a qué? Éste es precisamente el problema. Pero se advierte ya cuál ha de ser el registro de los análisis requeridos por esta elección. Habrá que reinscribir los déficit en trayectorias, remitir a dinámicas más amplias, prestar atención a los puntos de inflexión generados por los estados límite. Buscar las relaciones entre la situación en la que se está y aquella de la que se viene, no autonomizar las situaciones extremas sino vincular lo que sucede en las periferias y lo que llega al centro. Desde ya se adivina también que, en esta perspectiva, la zona de vulnerabilidad ocupará una posición estratégica. Reducida o controlada, ella permite la estabilidad de la estructura social, sea en el marco de una sociedad unificada (una formación en la cual todos los miembros se beneficien con seguridades fundamentales), sea bajo la forma de una sociedad dual consolidada (como la de Esparta, en la que prácticamente no existían posiciones intermedias entre los ciudadanos de pleno derecho y los ilotas contenidos con firmeza). Al contrario, abierta y en extensión, tal como es aparentemente hoy en día, la zona de vulnerabilidad alimenta las turbulencias que debilitan las situaciones logradas y deshacen las estabildades aseguradas. La observación vale para el largo término. La vulnerabilidad es una marejada secular que ha marcado la condición popular con el sello de incertidumbre, y casi siempre de la desdicha.

He titulado a este trabajo *Las metamorfosis de la cuestión social*.

"Metamorfosis", dialéctica de lo igual y lo diferente: identificar las transformaciones históricas de este modelo, subrayar lo que sus principales cristalizaciones traen a la vez de nuevo y de permanente, así sea bajo formas que no permiten reconocerlas de inmediato. Pues, desde luego, los contenidos concretos que recubren nociones como las de estabilidad, precariedad o expulsión del empleo, inserción racional, fragilidad de los

\* *Beur*: joven magrebí nacido en Francia de padres inmigrantes. [T.]



soportes protectores o aislamiento social, son ahora muy diferentes de lo que fueron en las sociedades preindustriales o en el siglo XIX. Incluso son muy diferentes hoy en día de lo que eran hace solamente veinte años. No obstante, se tratará de demostrar que, en primer lugar, las poblaciones que habitan en esas "zonas" ocupan por este hecho una posición homóloga en la estructura social. Por ejemplo, hay homología de posición entre los "inútiles para el mundo"<sup>4</sup> que eran los vagabundos antes de la revolución industrial, y diferentes categorías de "inempleables" de hoy. En segundo lugar, los procesos que producen estas situaciones son también comparables, es decir homólogos en su dinámica y diferentes en sus manifestaciones. La imposibilidad de procurarse un lugar estable en las formas dominantes de organización del trabajo y en los modos conocidos de pertenencia comunitaria (pero que entre tanto han cambiado por completo) generó a los "supernumerarios" antiguos y recientes, y sigue generando a los de hoy. En tercer término, no por ello se asiste al desarrollo de una historia lineal cuya continuidad sería asegurada por el tipo de engendramiento de las figuras. Por el contrario, sorprenden las discontinuidades, las bifurcaciones, las innovaciones. Por ejemplo, desconcierta esta extraordinaria aventura del salariado, que pasó del descrédito total al estatuto de principal dispensador de ingresos y protecciones. Sobre todo porque ese "pasaje" no fue el ascenso irresistible de una realidad promovida a la consagración por la historia. Es cierto que, en el momento de la instauración de la sociedad liberal, el imperativo de redefinir el conjunto de las relaciones de trabajo en un marco contractual presentó una ruptura tan profunda como el cambio de régimen político que se producía simultáneamente. Pero, por fundamental que haya sido, esta transformación no se impuso de una manera hegemónica y homogénea. En el momento en que el salariado libre se convertía en la forma jurídicamente consagrada de las relaciones de trabajo, la situación salarial estaba aún asociada con la precariedad y la desdicha, y esto se prolongó por mucho tiempo. Enigma de la promoción de un mecanismo distribuidor de la riqueza que instala la miseria en su centro de difusión. Y hoy mismo habrá que sorprenderse del extraño retorno a partir del cual, después de haberse superado el mal trance, el salariado corre el riesgo de volver a convertirse en una situación peligrosa.

La palabra "metamorfosis" no es entonces una metáfora empleada para sugerir que, por debajo del cambio de atributos, subsiste la perennidad

4. Para retomar la condena emblemática de un vagabundo del siglo XV, citada por Bronislaw Geremek, "Ser digno de morir como inútil para el mundo, es ser colgado como ladrón" (*Les marginaux parisiens aux XIV<sup>e</sup> et XV<sup>e</sup> siècles*, París, Flammarion, 1976, pág. 310).

de una sustancia. Por el contrario, una metamorfosis hace temblar las certidumbres y recompone todo el paisaje social. Pero las conmociones, aunque sean fundamentales, no son novedades absolutas si se inscriben en el marco de una misma *problematización*. Por *problematización* entiendo la existencia de un haz unificado de interrogantes (cuyas características comunes es preciso definir), que han emergido en un momento dado (que hay que datar), que han sido reformulados varias veces a través de crisis e integrando datos nuevos (hay que periodizar esas transformaciones), y que siguen vivos en la actualidad. Este cuestionamiento está vivo y por ello impone el retorno a su propia historia, a fin de constituir *la historia del presente*.<sup>5</sup> En efecto, si bien está vedado hacer un uso del pasado que contradiga las exigencias de la metodología histórica, me parece legítimo plantearle al material histórico los interrogantes que los historiadores no necesariamente han formulado, y reordenarlo a partir de otras categorías, en este caso sociológicas. Esto no es reescribir la historia ni revisarla. Pero sí es releerla, es decir hacer, con datos que uno le debe totalmente a los historiadores, *otros relatos*, que tengan su propia coherencia a partir de un esquema de lectura sociológico, y a la vez sean componibles con el relato de los historiadores. Los materiales sobre los que se basa mi argumentación son principalmente de orden histórico, sobre todo en la primera parte, pero han sido tomados y reordenados en función de categorías de análisis que asumo la responsabilidad de introducir.<sup>6</sup>

5. La persistencia de una cuestión no depende de la importancia que haya tenido en el pasado. Por ejemplo, el interrogante de si el Sol gira en torno a la Tierra o a la inversa, en la época de Galileo dio lugar a concepciones geológicas, filosóficas, políticas, científicas y prácticas de importancia fundamental. Pero ellas desaparecieron después de que la "revolución copernicana" fuera casi unánimemente aceptada y de que el propio Vaticano (es cierto que hace poco tiempo) conviniera en que Galileo había tenido razón.

6. He explicitado los presupuestos metodológicos de este enfoque en "Problematization: a way of Reading History", J. Goldstein (comp.), *Foucault and the Writing of History today*, Cambridge, Basil Blackwell, 1994. Jean-Claude Passeron ha elaborado el basamento epistemológico que justifica una posición de este tipo (cf. *le Raisonnement sociologique, l'espace non poppérien du raisonnement naturel*, París, Nathan, 1991). Se trata de que, a pesar de la división académica del trabajo, la historia y la sociología (y también la antropología) despliegan discursos que se ubican en el mismo registro epistemológico, tienen las mismas relaciones con los procedimientos de administración de la prueba y la misma base empírica que Passeron llama "el curso histórico del mundo". Por lo tanto, son legítimos los préstamos cruzados y las transferencias de disciplina a disciplina, con la condición de que se respeten las reglas propias de cada una. El respeto de estas reglas prohíbe que el no-historiador se permita la menor modificación de los datos elaborados por la ciencia histórica. No se trata de que estas construcciones sean definitivas sino de que su reelaboración depende de procedimientos propios del oficio de historiador. Yo no entraría entonces en el debate historiográfico contemporá-

"Metamorfosis de la cuestión social." La "cuestión social" es una aporía fundamental en la cual una sociedad experimenta el enigma de su cohesión y trata de conjurar el riesgo de su fractura. Es un desafío que interroga, pone de nuevo en cuestión la capacidad de una sociedad (lo que en términos políticos se denomina una nación) para existir como un conjunto vinculado por relaciones de interdependencia.

Esta cuestión se bautizó por primera vez explícitamente como tal en la década de 1830. Se planteó entonces a partir de la toma de conciencia de las condiciones de vida de poblaciones que eran a la vez agentes y víctimas de la revolución industrial. Era la cuestión del pauperismo. Un momento esencial, en que apareció un divorcio casi total entre un orden jurídico-político fundado sobre el reconocimiento de los derechos del ciudadano, y un orden económico que suponía miseria y desmoralización masivas. Se difundió entonces la convicción de que había allí "una amenaza al orden político y moral"<sup>7</sup> o, más enérgicamente aún, de que resultaba necesario "encontrar un remedio eficaz para la plaga del pauperismo, o prepararse para la conmoción del mundo".<sup>8</sup> Entendemos por esto que la sociedad liberal corría el riesgo de estallar debido a las nuevas tensiones provocadas por la industrialización salvaje.

Este hiato entre la organización política y el sistema económico permitió señalar, por primera vez con claridad, el lugar de lo "social": debía desplegarse en el espacio intermedio, restaurar o establecer vínculos que no obedecían a una lógica estrictamente económica ni a una jurisdicción estrictamente política. Lo "social" consiste en sistemas de regulación que no son los del mercado, instituidos para tratar de llenar esta brecha. En ese contexto, la cuestión social se convertía en la cuestión del lugar que podían ocupar en la sociedad industrial las franjas más desocializadas de los trabajadores. La respuesta a esta cuestión fue el conjunto de dispositivos montados para promover su integración. No obstante, *antes* de esta "invención de lo social",<sup>9</sup> lo social ya existía. Por ejemplo, en las múltiples formas institucionalizadas de relaciones no-mercantiles con las diferentes categorías de indigentes (las prácticas e instituciones de asistencia), pero

---

neo, que vuelve a interrogar a las condiciones de construcción de los datos históricos. Retomo los testimonios de época y las elaboraciones de los historiadores cuando tienen consenso (o, si éste no es el caso, trato de indicar las divergencias), para rediseñarlos de otro modo, según la configuración de un espacio asertórico, el del "razonamiento sociológico".

7. Vicomte A. de Villeneuve-Bargemont, *Économie politique chrétienne ou Recherches sur le paupérisme*, París, 1834, pág. 25.

8. E. Buret, *De la misère des classes laborieuses en France et en Angleterre*, París, 1840, tomo I, pág. 98.

9. J. Donzelot, *L'invention du social*, París, Fayard, 1984.

también en los modos sistemáticos de intervención con ciertas poblaciones: represión del vagabundeo, obligación del trabajo, control de la circulación de la mano de obra. Había por lo tanto, no sólo lo que yo llamaría lo "social-asistencial", sino también intervenciones públicas a través de las cuales el Estado desempeñaba el papel de garante del mantenimiento de la organización del trabajo y de regulación de la movilidad de los trabajadores. ¿Por qué? Porque una "cuestión social" se había planteado ya en las sociedades preindustriales de Europa occidental. La interdependencia cuidadosamente armonizada de los diversos estatutos en una sociedad de órdenes se veía amenazada por la presión de todos los que en ella no encontraban su lugar a partir de la organización tradicional del trabajo. Se verá que la cuestión del vagabundeo expresaba y disimulaba al mismo tiempo la reivindicación fundamental del libre acceso al trabajo, a partir de la cual las relaciones de producción iban a redefinirse sobre una base nueva.

Pero si la "cuestión social" se planteaba ya antes de su primera formulación explícita en el siglo XIX, ¿no vuelve a plantearse también *después* de que la problemática regida por las peripecias de la integración de la clase obrera ha dejado de ser determinante? Es cierto que esta secuencia que se extendió entre la primera mitad del siglo XIX y los años '60 del siglo XX está llegando a su fin. Es cierto también que ya no hay palabras para encontrar unidad en la multiplicidad de los "problemas sociales" que la han reemplazado; de allí la boga de esta noción de exclusión, cuya indiferenciación recubre una multitud de situaciones desdichadas sin hacer inteligible su pertenencia a un género común. En efecto, ¿qué comparten un desocupado de larga data, replegado en la esfera familiar, con mujer, departamento y televisión,<sup>10</sup> por un lado, y el joven cuya "galera" está hecha de vagabundeos recomenzados sin cesar y de explosiones abortadas de cólera?<sup>11</sup> Ellos no tienen el mismo pasado, ni el mismo futuro, ni la misma experiencia de vida, ni los mismos valores. No pueden nutrir un proyecto común y no parecen capaces de superar su desasosiego en una organización colectiva.

Pero lo que acerca las situaciones de este tipo es menos una comunidad de rasgos derivados de la descripción empírica, que la unidad de una *posición* con relación a las reestructuraciones económicas y sociales actuales. Ellos son menos excluidos que desdeñados, arrojados a la playa después de que la corriente de los intercambios productivos los abandonara. Todo sucede como si redescubriéramos con angustia una realidad que, habituados al crecimiento económico, al empleo casi pleno, al progreso

10. O. Schwartz, *Le monde privé des ouvriers*, París, PUF, 1990.

11. F. Dubet, *La galère, jeunes en survie*, París, Fayard, 1987.

de la integración y a la generalización de las protecciones sociales, ya creíamos curada: una vez más, la existencia de "inútiles para el mundo", sujetos y grupos que se han vuelto supernumerarios ante la actualización en curso de las competencias económicas y sociales.

Este estatuto es, en efecto, totalmente distinto del que tenían incluso los más desfavorecidos en la versión precedente de la cuestión social. El trabajo del peón o del obrero especializado, el obrero especializado de las últimas grandes luchas obreras, explotados sin duda, no por ello era menos indispensable. En otras palabras, seguía ligado al conjunto de los intercambios sociales. Aunque ocupando el último rango, formaba parte de la sociedad, entendida –según el modelo de Durkheim– como un conjunto de elementos interdependientes. De ello resultaba que su subordinación podía pensarse en el marco de una problemática de integración, es decir en su versión "reformista", en términos de reducción de las desigualdades, de política de ingresos, de promoción de las oportunidades sociales y de medios de participación cultural o, en su versión "revolucionaria", como transformación total de la estructura social para asegurar a todos condiciones reales de igualdad.

Pero los "supernumerarios" no son siquiera explotados: para serlo hay que tener pericias convertibles en valores sociales. Son superfetatorios. No se advierte cómo podrían representar una fuerza de presión, un potencial de lucha, puesto que no gravitan en ningún sector neurálgico de la vida social. Sin duda, de este modo se inaugura una problemática teórica y práctica. Si ya no son "actores" en el sentido propio del término, porque no hacen nada socialmente útil, ¿cómo podrían existir socialmente? Desde luego, por "existir socialmente" entendemos ocupar un lugar en la sociedad. Pues, al mismo tiempo, están muy presentes, y éste es todo el problema, ya que están de más.

Hay allí una profunda "metamorfosis" de la cuestión precedente, que consistía en encontrar el modo de que un actor social subordinado y dependiente pudiera convertirse en un sujeto social pleno. Ahora se trata más bien de atenuar esa presencia, hacerla discreta al punto de borrarla (según se verá, éste es todo el esfuerzo de las políticas de inserción, que hay que pensar en el espacio de un reflujo de las políticas de integración). Una problemática nueva, entonces, *pero no otra problematización*. En efecto, no se puede autonomizar la situación de estas poblaciones marginales, sin confirmar el corte que se denuncia al pretender luchar contra la exclusión. El rodeo histórico propuesto mostrará que lo que cristaliza en la periferia de la estructura social (en los vagabundos antes de la revolución industrial, en los "miserables" del siglo XIX, en los "excluidos" de hoy) se inscribe en una dinámica social global. Hay allí un dato fundamental que se ha impuesto, en el curso de la investigación, a través del análisis que propongo de la situación de los vagabundos, y la lección vale para el día

de hoy: la cuestión social se plantea explícitamente en los márgenes de la vida social, pero "pone en cuestión" al conjunto de la sociedad. Se produce una especie de efecto bumerán, en virtud del cual los problemas planteados por las poblaciones que encallan en los bordes de una formación social retornan hacia su centro. Entonces, que hayamos entrado en la sociedad "posindustrial", incluso "posmoderna", o como se la quiera llamar, no impide que la condición impuesta a quienes están "out" dependa siempre de la condición de quienes están "in". Siempre son las orientaciones determinadas en los centros de decisión (en materia de política económica y social, del gerenciamiento de las empresas, de las reconversiones industriales, de la búsqueda de competitividad, etcétera) lo que repercute como una onda de choque en las diferentes zonas de la vida social. Pero la recíproca también es cierta: los poderosos y los estables no están en un Olimpo desde donde podrían contemplar con impavidez la miseria del mundo. Integrados, vulnerables y desafiliados pertenecen a un mismo conjunto, aunque de unidad problemática. Son las condiciones de constitución y mantenimiento de esta unidad problemática lo que habrá que examinar. Si la redefinición de la eficacia económica y de la pericia social tiene que pagarse poniendo fuera de juego a un 10, un 20, un 30 por ciento o más de la población, ¿se puede seguir hablando de pertenencia a un mismo conjunto social? ¿Cuál es el umbral de tolerancia de una sociedad democrática a lo que yo llamaría, más que exclusión, invalidación social? Ésta es a mi juicio la nueva cuestión social. ¿Qué es posible hacer para reintroducir en el juego social a estas poblaciones invalidadas por la coyuntura, y poner fin a una hemorragia de desafiliación que amenaza con dejar exangüe a todo el cuerpo social?

La cuestión así planteada es también la cuestión del Estado, del papel que el Estado puede ser llamado a desempeñar en esta coyuntura. El Estado social (diré por qué evito hablar de "Estado providencia") se constituyó en la intersección del mercado y el trabajo. Ha sido tanto más fuerte cuanto que eran fuertes los dinamismos que regulaba: el crecimiento económico y la estructuración de la condición salarial. Si la economía se reautonomiza y la condición salarial se desmorona, el Estado social pierde su poder integrador. Pero también en este caso puede tratarse de una metáfora, más bien que de una desaparición. Si uno se toma el trabajo de reconstruir las peripecias que ha atravesado, resulta claro que en el cielo de las ideas no hay una forma única de Estado social. La coyuntura ulterior a la Segunda Guerra Mundial pudo dar una versión de la articulación de lo económico y lo social, elaborada entonces, lo bastante satisfactoria como para que se intentara considerarla casi definitiva. Todos saben que hoy en día no estamos ya en la era de los compromisos sociales que el crecimiento hacía posibles, ¿pero esto qué significa? Sin duda, esta-



mos en una encrucijada: aceptar una sociedad sometida enteramente a las exigencias de la economía, o construir una figura del Estado social a la medida de los nuevos desafíos. No se puede excluir el consentimiento a la primera alternativa. Pero se correría el riesgo de que el precio sea el derrumbe de la sociedad salarial, es decir de este montaje inédito de trabajo y protecciones que ha costado tanto imponer.

Émile Durkheim y los republicanos de fines del siglo XIX llamaron "solidaridad" a este vínculo problemático que asegura la complementariedad de los componentes de una sociedad, a pesar de la complejidad creciente de su organización. Éste es el fundamento del pacto social. Durkheim lo reformuló en estos términos cuando el desarrollo de la industrialización amenazaba solidaridades más antiguas que todavía debían mucho a la reproducción de un orden fundado sobre la tradición y la costumbre. A principios del siglo XX, la solidaridad debía convertirse en la asistencia voluntaria a la sociedad por ella misma, y el Estado social sería el garante. En los albores del siglo XXI, cuando las regulaciones puestas en obra en el marco de la sociedad industrial se ven a su vez profundamente quebrantadas, es sin duda ese mismo contrato social lo que hay que redefinir, recomenzando desde el principio. Pacto de solidaridad, pacto de trabajo, pacto de ciudadanía: pensar las condiciones de la inclusión de todos para que ellos puedan tener comercio juntos, como se decía en los tiempos de la Ilustración, es decir "hacer sociedad".

## NOTA SOBRE EL COMPARATIVISMO

*La problematización que se desplegará en la primera parte cubre en principio una gran zona de Europa al oeste del Elba: el área geográfica de la "cristiandad latina", convertida en "la Europa de todos los éxitos", para retomar expresiones de Pierre Chaunu,<sup>1</sup> cuna de la doble revolución, industrial y política, cuya herencia ha dominado a la civilización occidental. Por esta misma razón, el fenómeno supone especificidades nacionales irreductibles. Dos motivos al menos hacían imposible abordar este conjunto: la amplitud de los materiales a elaborar, y la incapacidad para plegarse a las exigencias de un enfoque seriamente comparativo en esa escala. Por lo tanto, se ha privilegiado el análisis de la situación francesa, pero la investigación no se limita a ella. Por un lado, porque se han subrayado correspondencias con otras situaciones (paradójicamente en apariencia, éstas son más visibles cuando uno se remonta en el tiempo, hasta antes de la consolidación de los Estados-nación: a mediados del siglo XIV y principios del XVI, por ejemplo, encontramos sorprendentes analogías en cuanto a las estructuras de asistencia y a las formas de organización del trabajo en todo este espacio europeo). Por otra parte, porque me he remitido constantemente a las transformaciones correspondientes de la sociedad británica, y a menudo las documento (esta puesta en paralelo no pretende ser un verdadero análisis comparativo; apunta sólo a sugerir un juego entre las semejanzas y las diferencias, para ayudar a aislar constantes).<sup>2</sup> Finalmente, y sobre todo, un análisis de este tipo supone, en cuanto a su posibilidad misma, que existen constantes en el tiempo y el espacio, a pesar de las diversidades culturales e históricas, o gracias a ellas. "Constante" no significa "estructura perenne" sino homología de configuración en las situaciones y en los procesos de cambios. Pero en este estadio se trata de una petición de principio, que ahora tiene que enfrentar la tarea de organizar la diversidad histórica.*

1. P. Chaunu, *Histoire, science sociale: la durée, l'espace et l'homme à l'époque moderne*, París, SEES, 1974.

2. Como lo demuestra E. J. Hobsbawm (*L'ère des révolutions*, trad. franc. París, Fayard, 1970), la puesta en paralelo de las situaciones en Francia e Inglaterra es particularmente sugerente; una fue el epicentro de la revolución política, y otra el epicentro de la revolución industrial.